



**INTERVENCIONES INSTITUCIONALES**

José María Aznar

A1407 (A1404 A1405 A1406 A1408)

**03/05/2002 VIAJE OFICIAL A ESTADOS UNIDOS**

## **CONFERENCIA DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, EN LA UNIVERSIDAD JOHNS HOPKINS**

Washington, 03-05-2002

Muy buenos días. Muchas gracias por su presentación y, ante todo, por la ocasión que me brinda la Universidad Johns Hopkins de dirigirme a una representación tan importante y tan selecta de la sociedad norteamericana.

Quienes nos dedicamos a la dirección de los asuntos públicos tenemos la obligación de estar concentrados en la realidad y de resolver con el mayor acierto posible los problemas que afectan a nuestros países y a nuestros ciudadanos. Al honor de ser elegidos democráticamente se une también la necesidad de seguir con detalle la evolución cotidiana de nuestras sociedades. Ahora bien, tan importante como esa gestión diaria es conocer los rasgos del ayer y saber discernir los signos del futuro, es decir, la última razón de las cosas.

Cuando han pasado rápido los acontecimientos de un año, y de otro año, y de otro más, tenemos que estar atentos a los ritmos permanentes de las ideas, de la vida y de las civilizaciones.

Decía un pensador español, Eugenio d'Ors, que "en lo que ya fue hay todavía materia para crear". A la vez, quiero decirles que nada me interesa tanto como conocer nuevas tendencias en la evolución social, en el pensamiento político y también en las relaciones internacionales. Por eso justamente he querido hoy estar aquí y agradezco mucho su invitación.

Ustedes forman, desde hace ya muchos años, una de las comunidades académicas más influyentes de América. Son un referente para su comunidad política, diplomática y económica en un ámbito que, además, persigue la excelencia y que recompensa el mérito individual y la capacidad de trabajar en equipo. Es esa clase de centro al que uno quiere venir en distintas épocas de la vida, como alumno, como profesor o, en este caso, como conferenciante, sabiendo, sin duda, que enriquecerá su pensamiento y que saldrá mejor preparado para una acción futura, una acción que, sin duda, deseo llena de éxitos para todos los que nos escuchan.

Mi visita a Washington viene en esta ocasión propiciada por la Cumbre entre la Unión Europea y los Estados Unidos; Unión Europea cuya Presidencia en este momento ostenta España. Esta reunión es la expresión de la intensa comunidad de intereses y de valores que se extiende a través del Atlántico, y quisiera hacer hoy ante ustedes un

análisis de la situación actual de este trascendental vínculo político entre Europa y América, y de los retos a los que se enfrenta su necesaria transformación y adaptación.

Les hablo en mi calidad de europeo, pero desde una doble perspectiva: les hablo como Presidente del Consejo de la Unión Europea y también como Presidente del Gobierno de España. Creo que vuelve así España a su papel evidente, que es un papel de puente entre Europa y América, con la determinación de contribuir a su acercamiento.

Permítanme que diga que, desde que descubre el Atlántico, España fue una potencia atlántica y es, de hecho, el único gran país europeo que es profundamente mediterráneo, profundamente americano y profundamente europeo. Es más, si no se puede entender cabalmente Iberoamérica, la América que habla español, sin lo que se llama la "Madre Patria", no se entiende nuestro país sin la otra España, es decir, sin la España que late en América, algo que todo español siente muy intensamente cuando pisa tierra americana. Esto no es retórica, son muchos años de historia; pero, además, en el presente es, por ejemplo, más de 50.000 millones de euros de inversión en los últimos cuatro años.

España, en base a lazos de cultura común, es un país moderno que invierte en el futuro económico de Iberoamérica e invierte a largo plazo, no especula. Se trata de una decisión estratégica. Tras afianzar nuestra posición en Europa, siendo uno de los países fundadores de la moneda única europea, del euro, hemos entrado a través de nuestras empresas en sectores estratégicos de las economías iberoamericanas con una idea de alianza entre nosotros a largo plazo.

Pero quiero decirles que, en mi opinión, este reencuentro tiene otro nuevo componente absolutamente decisivo porque, al hablar de Iberoamérica, hemos de tener ya presente, y creo que para siempre, que los Estados Unidos son, en términos de población hoy, el cuarto país iberoamericano, el cuarto país del mundo en el que hay más gente que habla español. Más de 35 millones de ciudadanos norteamericanos hablan hoy la lengua española y las proyecciones son que dentro de poco los Estados Unidos serán el segundo país del mundo que habla español.

Como decía, cuando en el censo del año 2000, en el último censo norteamericano, 35.300.000 norteamericanos se autocalifican de hispanos, no están sólo diciendo que tienen en común una lengua que les une, como es el español, sino también que se sienten partícipes de una herencia parte de cuyas raíces se hunde en ese rincón de Europa, España, que se proyecta al Atlántico. Y dicen más, creo que nos hacen saber a estadounidenses y a españoles que en ellos tenemos, y tendremos cada vez más en el futuro, un puente natural de común entendimiento que, en la medida en que fortalezcamos esas raíces, americanos y españoles seremos más próximos y más fuertes.

Quisiera hacer ahora una breve consideración sobre el firme alineamiento de España junto con los Estados Unidos en el nuevo escenario de conflicto que se enfrenta al mundo a partir del 11 de septiembre. Hay que tener presente que sucesos atroces como aquellos decantan posiciones, pero hay que tener presente también que no es la primera vez que España aparece decididamente al lado de los Estados Unidos. Entre otras cosas, conviene recordar que ya en la propia lucha por su independencia contaron los norteamericanos de entonces con una importante ayuda española.

Como dicen ustedes, los amigos en las dificultades son los amigos verdaderos y los Estados Unidos saben hoy que en España han hallado un aliado firme y constante. Los españoles conocemos muy de cerca el sufrimiento que representa el terrorismo en su afán por destruir los valores democráticos de nuestras sociedades y en su afán por destruir las mismas sociedades.

No cabe duda de que no hay mayor plasmación de enemistad que el terrorismo y el terrorista. Es la negación misma, en estado puro y duro, del concepto de civilización. Al bien se antepone el mal y se utiliza la amenaza del mal como un argumento. Eso es inaceptable, es peligrosísimo y, además, es un burdo error pensar que caben matices en el juicio moral sobre un método que consiste en la utilización voluntaria del sufrimiento de inocentes para violentar la voluntad de la sociedad.

Por eso España aboga desde hace tiempo por un fortalecimiento de las sociedades libres en su defensa frente a este nuevo reto y viene proponiendo medidas concretas en la lucha contra el terrorismo, como las que, finalmente y a raíz del aldabonazo en todas las conciencias que supuso el 11 de septiembre, ha venido aprobando la Unión Europea.

Hace ya dos años España presentó a sus socios en la Unión Europea una propuesta para crear un Espacio de Libertad, de Seguridad y de Justicia común en Europa. Esta iniciativa respondía y responde al hecho de que la Unión Europea es una comunidad de derecho en la que es necesario fortalecer el respeto y la defensa de los valores y los principios de nuestras sociedades. Por eso España, junto con otros Estados de la Unión, viene impulsando una serie de iniciativas que propugnan el diseño de la puesta en práctica de instrumentos jurídicos que imposibiliten las actividades terroristas.

El terrorismo es un fenómeno global por lo que en la lucha contraterrorista es indispensable fortalecer todos los elementos de cooperación transnacionales. Esta cooperación debe abarcar, tanto el ámbito jurisdiccional, como los ámbitos policiales o de inteligencia. Asimismo, es imprescindible cortar las fuentes de financiación que apoyan, permiten o amparan la actividad de las organizaciones terroristas. En este sentido, España impulsa también medidas que persigan el blanqueo de capitales o el desvío de sumas de dinero a las organizaciones terroristas.

En mi opinión, tras los atentados del 11 de septiembre, muy especialmente, esta cooperación debe dirigirse, desde la óptica europea, a reforzar y profundizar nuestras relaciones con los Estados Unidos. En este sentido y en el ámbito jurisdiccional, la Presidencia española de la Unión Europea ha conseguido la adopción de un mandato para negociar un tratado de extradición y de cooperación judicial en materia penal entre la Unión Europea y los Estados Unidos. Sería absurdo cooperar en inteligencia, sería absurdo cooperar en seguridad, sería absurdo cooperar policialmente y no hacerlo desde el punto de vista judicial, que es también uno de los elementos básicos de nuestra tarea.

Pero quiero decirles que el reto que tenemos por delante de nosotros es más amplio aún que la lucha antiterrorista. La tarea que hoy nos compete es una tarea de ser capaces de asumir una transformación de la Comunidad Transatlántica acorde con la magnitud de los cambios históricos experimentados en los últimos años. España tiene como objetivo que la Unión Europea entienda que es y tiene que ser parte fundamental de esa tarea de transformación histórica.

La relación trasatlántica hoy es la más importante porque es el sustento esencial de todo aquello que más estimamos, de aquello por lo que más vivimos, que es nuestra libertad, nuestra democracia y la dignidad del ser humano; esa dignidad que trece años antes de la Revolución Francesa ya fue exquisitamente formulada en estas tierras al incluir entre los derechos del hombre el derecho a la vida, el derecho a la libertad y a la búsqueda de la felicidad.

Es para ello fundamental cobrar la adecuada perspectiva sobre cuáles son las bases en las cuales se sustenta la relación entre los Estados Unidos y la Unión Europea. Hay que tener presente que la Comunidad Atlántica está fuertemente marcada por las dos Guerras Mundiales que tan profundamente marcaron la primera mitad del siglo XX.

Somos plenamente conscientes de que la defensa de Europa hoy, como ocurrió en el pasado, descansa en su alianza con los Estados Unidos. No podemos nosotros seguir ignorando que nuestros instrumentos de defensa colectiva en este momento fueron creados para hacer frente a una amenaza completamente distinta de la que tenemos hoy. El Pacto de Varsovia, afortunadamente, ya no existe; ya no existe la amenaza expansionista de la Unión Soviética. Dentro de poco, el próximo otoño, la OTAN se reunirá significativamente en Praga para decidir su futuro y considero, sin duda, que esta oportunidad y esta reunión de Praga son una cita de la mayor trascendencia.

De la capacidad que demostraremos de adaptar la Alianza a los nuevos tiempos y a las nuevas realidades dependerá el futuro de la seguridad en nuestro planeta. De la celeridad con la que seamos capaces de realizar estas transformaciones dependerá el tiempo que tardemos en poder disfrutar de la estabilidad necesaria para alcanzar los niveles de desarrollo humano y prosperidad global que todos anhelamos.

Pues bien, aceptado el hecho de una defensa trasatlántica común --y quiero decir que lo contrario a una defensa trasatlántica común nos llevaría a una absurda duplicación de esfuerzos y de costes y, además, a no aumentar nuestra seguridad, sino a disminuirla--, la segunda parte de ello es que la capacidad operativa, rápida y flexible que las nuevas amenazas demandan exige una reforma que busque, si se me permite la expresión, modularidad, modular bien nuestras fuerzas.

Sabemos que la irrupción de las nuevas tecnologías ha deshecho la relación casi constante que existía entre el potencial bélico de una nación y el número de sus carros de combate, de sus cañones o de sus combatientes. Superado un cierto umbral mínimo de efectivos sin el cual no se puede funcionar, la actitud de un Ejército no se mide ya, ni por el número de sus carros de combate, ni por la longitud ni el diámetro de sus cañones, ni tampoco por el número de sus combatientes; se mide por las capacidades que tiene.

Las capacidades realmente operativas y resolutivas no están al alcance de todos los países y, además de no estar al alcance de todos los países, no pueden estar al alcance de la inmensa mayoría de los presupuestos nacionales aisladamente considerados. Desde ese punto de vista, la Unión está realizando un importante trabajo, no solamente para descubrir las carencias que tiene en el aspecto dotacional de sus Fuerzas Armadas, que las tiene, sino también para buscar fórmulas que permitan cubrir esas lagunas lo más rápidamente posible.

Como digo, debido al tamaño de los ejércitos europeos, no todos los países podrán dotarse de suficientes capacidades. Unos tendrán que orientarse hacia un determinado tipo de actividad o capacidad, de forma que se alcance un elevado grado de especialización y de nivel tecnológico que nos permita cubrir lagunas o deficiencias de otros y configurar, al final, un instrumento lo suficientemente eficaz y suficiente. Esto implica necesariamente la organización de los efectivos militares de los socios en módulos interoperables, altamente especializados, sólidamente instruidos, que tienen que ser dirigidos por el principio de colaboración; medios y capacidades con los cuales queremos dotarnos en la Unión Europea y que deben servir para hacer una contribución positiva a la Alianza Atlántica desde el ámbito europeo en consonancia con nuestro nivel político y económico.

Pues bien, si las amenazas que hoy tenemos son asimétricas, las respuestas deben ser también una inteligente asimetría en los instrumentos. Unas líneas de conflicto totalmente nuevas nos obligan a evaluar elementos estratégicos clave, desde la situación geográfica hasta las capacidades de inteligencia de todo tipo. Es evidente que lo que cada aliado puede aportar sólo será útil si hay una visión estratégica de conjunto, con una doctrina única, en la que la voluntad política corre pareja al mismo tiempo que la renovación de medios. Es tan importante la lealtad en esa defensa común como las capacidades operativas políticas al servicio de la defensa común.

El modelo de sociedad que defendemos nosotros y que ha probado su eficacia el hacer de los Estados Unidos y de la Unión Europea, los dos ámbitos más importantes de libertad y de prosperidad del mundo, creo que tiene validez universal. Uno de los frutos más importantes y más significativos del fortalecimiento de la relación trasatlántica en los últimos tiempos ha sido promover más espacios para la democracia, más espacios para la libertad en el mundo y la prosperidad.

Hemos comprobado recientemente en la Cumbre de Doha y también en Monterrey como la acción común de europeos y norteamericanos en defensa de ese modelo de prosperidad, de libertad, de democracia, permite poner las bases para la búsqueda de un desarrollo más armónico de la Humanidad en su conjunto. Nos importa y nos interesa impulsar las posibilidades de los países en vías de desarrollo.

Creo, como les digo, que el papel de Europa y de Estados Unidos en esta tarea es absolutamente clave. Todos escuchamos como últimamente se acusa a los Estados Unidos, ya a veces de obrar unilateralmente, o sea, de excederse en el ejercicio de su liderazgo, cómo de no ejercer el liderazgo necesario, es decir, de no ejercer, como digo, todas sus responsabilidades de un modo determinante y suficiente.

Es curioso y significativo que, dependiendo de los sitios y de los lugares, uno puede leer el lunes tesis muy concentradas en contra del unilateralismo norteamericano y el martes en el mismo sitio puede leer exactamente la debilidad del liderazgo norteamericano. Incluso es posible que las lea en la misma ciudad, en el mismo sitio, en el mismo medio y escrito por la misma persona; incluso puede darse eso. Pero, en todo caso, me limito a reseñar un dato de la realidad.

Del mismo modo que eso forma parte de la realidad, los europeos debemos tener presente que la Unión Europea es un gigante económico, probablemente hoy el área económica más importante del mundo, pero que su capacidad de influencia

internacional será mayor cuanto más eficaces seamos en la construcción de una política exterior común que nos permita oír nuestra voz de un modo común en la esfera internacional. Ése es nuestro reto y como tal debemos asumirlo, y los europeos no debemos eludir responsabilidades.

Esta contribución norteamericana y europea a la construcción de un mundo mejor y más justo experimenta un crecimiento exponencial si unimos esfuerzos desde ambos lados del Atlántico. Nada ha ganado el mundo, nada, cuando Europa y los Estados Unidos se han separado; nada ha ganado el mundo cuando las tendencias aislacionistas o separadoras de unos u otros han prevalecido y, al final, esas situaciones ha habido que corregirlas, a veces, dramáticamente en medio de graves conflictos.

Cuando unimos esfuerzos desde los Balcanes hasta el Próximo Oriente, en medio de tantas dificultades, podemos demostrar que somos capaces de afrontar las cosas y que somos capaces de superarlas. Y en la misma línea yo no quiero dejar de señalar la relevancia que tiene el hecho de que a finales de este mismo mes los Estados Unidos y la Unión Europea vayamos a mantener sendas Cumbres con Rusia, además del encuentro que celebraremos en la Cumbre OTAN-Rusia.

Se está propiciando un cambio estratégico extraordinario, que es la incardinación de Rusia en la arquitectura euroatlántica, y ése es un cambio de una magnitud extraordinaria, colosal. Lo vamos a ver en los acuerdos a los que llegarán el Presidente Bush y el Presidente Putin a finales de este mes de mayo en Moscú, lo vamos a ver en las decisiones de la Alianza Atlántica con Rusia a finales del mes de mayo en Roma y lo volveremos a ver en las reuniones de la Unión Europea con Rusia también a finales del mes de mayo en Moscú, junto con la reunión del otoño de la Alianza Atlántica en Praga.

Basta simplemente mirar hace muy pocos años cuál era la situación y hoy estamos discutiendo y dando los pasos decisivos, como digo, para la incardinación de Rusia en las estructuras euroatlánticas.

El mensaje que envía al resto del mundo una política consensuada, que abarque desde Vancouver hasta Vladivostok, es el mejor cimiento para la construcción de una paz global. Por eso debemos romper los límites tradicionales de nuestra percepción de lo que constituye la Comunidad Transatlántica para comprender que ésta no se puede detener ni en Stretin, ni siquiera en los Urales.

Los intercambios económicos, por su parte, son también un claro indicador de la intensidad de los lazos trasatlánticos y quiero decirles que las cifras son extraordinariamente elocuentes. Por ejemplo, juntos sobrepasamos el 40 por 100 del comercio mundial entre Estados Unidos y la Unión Europea; los mercados financieros de la Unión Europea y de Estados Unidos engloban más del 85 por 100 de los flujos mundiales de capital; más de tres millones de personas a cada lado del Atlántico trabajan como empleados del otro y la interacción comercial ha llegado a un tal grado de dependencia mutua en algunos sectores, como la industria del automóvil o como la aviación, que sería impensable, absolutamente impensable, plantearse un futuro de manera independiente.

Claro es que una relación de este tipo tan estrecha no puede estar libre de problemas. Pese a que los medios de comunicación centren preferentemente su información más en

lo que nos diferencia que en lo que nos une, quiero decir que más del 97 por 100 de nuestras relaciones económicas y comerciales entre la Unión Europea y los Estados Unidos transcurre a plena satisfacción mutua.

Todo el mundo esperaba que la reunión de ayer de la Unión Europea y Estados Unidos fuese un fracaso. No ha sido un fracaso. Es verdad que yo he ido a reuniones en las que siempre se decía que todas iban a ser un fracaso, pero la mayoría de ellas no ha sido un fracaso. ¿Por qué? Sin duda, es muy digno de reseñar que en todo es posible fracasar, pero es más importante decir: el 97 por 100 de las cosas no plantean problemas, el 40 por 100 del comercio mundial. Es decir, los lazos son de tal envergadura que lo que hace falta es aprovechar, efectivamente, toda la potencialidad que ofrecen esos lazos para trabajar en beneficio, no sólo mutuo, sino en beneficio general.

Quiero recordar que en los últimos meses hemos sido capaces de solventar distintos problemas que son muy complicados, desde cuestiones relativas a las frutas, hasta los silenciadores de los aviones, de los que tanto se habló en su momento, etc., etc. Y no quiero referirme a otras diferencias porque los mecanismos de alerta temprana, aquellos que nos avisan de que puede haber dificultades en la Agenda Transatlántica, ni siquiera salen a la luz y funcionan con toda normalidad, y eso interesa poco.

Ahora lo que yo creo es que deberemos ir aún más lejos, como digo, en el campo bilateral y apoyar lo que damos en llamar una agenda positiva de relaciones entre Estados Unidos y la Unión Europea. Se dan muy importantes sectores en los cuales podemos cooperar en el corto y en el medio plazo; se trata de nuevas áreas de cooperación, pero que pueden tener un gran impacto económico y un gran impacto comercial: conseguir un acceso mutuo a la contratación de los mercados de valores; acordar procedimientos de comunicaciones electrónicas, de control aduanero; aproximación común a normas de agricultura; profundizar nuestra cooperación reglamentaria. Es decir, muchísimas cosas que son reclamadas permanentemente por nuestros empresarios, por nuestras empresas, por nuestros industriales, por nuestros comerciantes, y que nosotros en este caso podemos facilitar de un modo positivo.

Todo ello teniendo en cuenta nuestro compromiso con el libre comercio como factor fundamental del desarrollo y también teniendo en cuenta el efecto arrastre, las consecuencias, que todo acuerdo entre Europa y los Estados Unidos tiene para la prosperidad y para el desarrollo de muchos países.

De ahí quiero decirles que ayer le planteé al Presidente Bush --seguro que a lo largo de las próximas horas tenemos oportunidad de volver a conversarlo-- que debemos persistir en la senda de concertación que dio buenos resultados en la Conferencia de Comercio de Doha, que dio buenos resultados en la Conferencia para la Financiación al Desarrollo de Monterrey y que debe dar buenos resultados también en la Conferencia próxima, a comienzos del mes de septiembre, de Johannesburgo sobre Desarrollo Sostenido. Doha, Monterrey y Johannesburgo son una llamada muy importante de cómo se pueden hacer las cosas concertadamente y a favor, no solamente de la estabilidad, sino también de lo que son las exigencias del buen gobierno, del fortalecimiento institucional, del respeto al desarrollo sostenible y de las posibilidades de crecimiento de los países en vías de desarrollo y su incorporación al mundo próspero y al mundo desarrollado.

Pues bien, España, los españoles, entendemos que los recursos de que disponemos (humanos, materiales, financieros, intelectuales, metodológicos) nos invitan al optimismo y estamos firmemente decididos a contribuir con todas nuestras fuerzas al crecimiento del ámbito de la libertad, de la estabilidad y de la paz en el mundo. Deseamos una estabilidad y una paz que llegue a todos, que nos permita centrarnos en las condiciones y en las tareas de la prosperidad, y que podamos ser mucho más efectivos en la lucha contra la pobreza en la que vive sumida una gran parte de la Humanidad y que no debe ser aceptada nunca por una conciencia sensible y, desde luego, por nadie que quiera superar esas circunstancias intolerables.

La globalización en el mundo de hoy ha roto la limitación de los horizontes y por ello nosotros concebimos la colaboración entre Europa y los Estados Unidos como una amistad capaz de expresarse a escala mundial. En nombre de esa amistad venimos trabajando desde hace tiempo, estamos trabajando aquí, en Washington, y seguiremos trabajando porque creemos que de eso solamente se pueden derivar buenos resultados, buenas ventajas, buenas posibilidades para todos.

Muchas gracias por su atención.